

librados á nuestros padres, se vió muchas veces palidecer á los hombres y renegar de su fe, pero no se cita una sola virgen que haya temblado, ó al menos que haya muerto en la apostasía. ¡Tan cierta así es esa palabra de Dios que se complace en escoger lo que hay más débil, para confundir lo que hay más fuerte.

### 11 DE ENERO.

Palacio Braschi.—Anécdota.—Plaza de Pasquino.—*Chiesa nuova* (Iglesia nueva).—Recuerdos de San Felipe Neri.—El jóven Spazzara.—*Campo de Fiore* (Campo de Flora).—Teatro, pórticos, cúa de Pompeyo.—Muerte de César.—Palacio Spada.—Estatua de Pompeyo.—San Gerónimo de la Caridad.—Naumáquia de César.—Combate naval.

Desde muy temprano nos encontrábamos ya en la plaza Navona. Despues de haberla recorrido en toda su longitud, volvimos á la derecha y nos pusimos delante del palacio *Braschi*. Esta soberbia habitacion, recuerda la gloriosa memoria del inmortal Pio VI; la grande escalera, pasa por obra maestra. Al pisar sus anchos escalones de pulido mármol, pensábamos en el pontífice que los habia subido tantas veces, le seguimos desde su palacio á las prisiones del Directorio y hasta la ciudadela de Valencia, que llegó á ser su sepulcro. ¡Pueda la justicia divina perdonar á la Francia los atentados sacrílegos cometidos contra el ungido del Señor! Con ocasion de estos recuerdos solemnes, uno de nuestros amigos refirió una curiosa anécdota relativa al mismo pontífice. En 1784, se trasladó Pio VI á Viena para conferenciar con el emperador sobre los negocios de la Iglesia. En el camino le dijo su compañero de viaje: “¿Sabeis, Santísimo Padre, que las poblaciones protestantes consideran al papa como al Antecristo, y que creen en conse-

cuencia que Vuestra Santidad tiene un pié de macho cabrío?” Esta extraña revelacion divirtió desde luego al excelente pontífice. Luego, compadeciéndose del error de aquellas pobres gentes, dijo: “Les demostraremos lo contrario.” Al llegar á Worms, quiso, despues de la comida, pasearse á pié en una de las plazas de la ciudad; Pio VI pasaba por ser el hombre más bello de su siglo. La multitud embelesada, le mira; su talla elevada, su noble andar, su bello rostro en el cual se pinta la bondad del padre y la majestad del pontífice, sus maneras tan sencillas y tan distinguidas, todo en él, atrae y subyuga; ¡pero los piés?... son objeto de un ávida curiosidad. ¡Pues bien, el papa tiene los piés como todo el mundo! sí, como todo el mundo; está visto, conocido y demostrado. El papa no es, pues, el Antecristo, como dicen los libros de Lutero, como predicán los ministros, y como lo estábamos creyendo todavía ayer; se nos engaña y se nos burla. Tales fueron las reflexiones que circularon entre la multitud, y los piés del pontífice prepararon numerosas conversiones, que la vista de nuestros sacerdotes franceses debia acabar algunos años más tarde.

A dos pasos del palacio Braschi está la plaza proverbial de *Pasquino*. Pasquino era un sastre que se complacia en pintar rayas á todos los que pasaban delante de su taller. Despues de su muerte se encontró una antigua estatua muy deteriorada, cuyo nombre no pudo decir nadie. El pueblo la bautizó con el nombre de Pasquino, y todas las noches recibe los *lazzis* (chistes) y los quolibets (pullas) de los satíricos de Roma, que guarda todo el dia. Al dia siguiente se encuentra la respuesta de ellos, fija en la estatua de Marforio, cerca del Capitolio. Desde la aurora, acude la multitud curiosa y se apiña al rededor de las dos estatuas parlantes que á veces dicen verdades severas, pero buenas.

Siguiendo la direccion de la casa de Pasquino, se llega á pocos momentos á la iglesia de Santa María *in Navicella*, por otro nombre *Chiesa nuova*. Esta soberbia iglesia, que debe su fundacion á San Gregorio Magno, fué reedificada en 1575 por San Felipe Neri. El oro, el mármol y las ricas pinturas brillan allí por todas partes, sobre todo en la capilla de San Felipe, en donde descansa el cuerpo venerable del apóstol de Roma. Felipe Neri, fundador de la Congregacion del Oratorio, fué á la vez el gran confesor de Roma, el amigo de los jóvenes, el padre de los pobres, el protector de los obreros y el modelo de los sacerdotes. Con tantos títulos mereció el reconocimiento filial de los romanos, y entre ellos no hay otro nombre más popular. Un padre del Oratorio nos condujo desde luego, al cuarto del santo. Segun la muy loable costumbre de Italia, este venerable cuarto se conserva tal como era durante la vida del siervo de Dios, con los mismos muebles que fueron de su uso. Allí vimos su confesonario de mala madera de abeto, ya carcomido y cuyo asiento es un pequeño cojin de cuero. A manera de otros confesonarios de Italia, las rejillas se componen de una simple hoja de hierro batiendo perforada con pequeños agujeros redondos lo mismo que una coladera. ¡Qué de sábios consejos, qué de palabras consoladoras, qué de exhortaciones convincentes para la conversion se oyeron aquí! Rejas tantas veces venerables ¡qué, no podeis hablar? En un pequeño armario se guarda el brasero del santo confesor que está cubierto con madera tosca; más léjos está su pobre lecho y por fin el modesto *púlpito* desde donde hablaba.

Esta única pieza componia todas las habitaciones de aquel que rehusó tantas veces los palacios, las riquezas y las dignidades humanas. Allí daba sus audiencias

espirituales y recibia á sus numerosos visitantes. Siempre amable, siempre lleno del espíritu de Dios, tenia el talento de despachar contentos y mejores á los que se le acercaban. Un dia, entre otros, el jóven Francisco Spazzara, glorioso vástago de una noble familia, fué á ver á Felipe, para conversar familiarmente con él. “¿Os entregais ahora al estudio del Derecho? le dijo el santo.—Sí, padre Felipe, y con mucho ardor.—¿Qué feliz sois! hablame algo de vuestros proyectos, continuó el santo, llenándole de caricias.—Espero muy pronto recibirme de doctor.—¿Qué feliz sois!—Cuento con llegar á ser abogado consistorial y luego entrar en la prelatura.—¿Qué feliz sois!” Luego se puso el santo á numerarle todas las grandezas que el mundo podia ofrecerle, y cuya idea habia pasado por la cabeza del jóven. Al fin de cada gloria, de cada ventaja, le repetia: ¡Qué feliz sois! Francisco tomaba todo aquello por lo sério, cuando el santo, estrechándole tiernamente contra su corazon, le dijo en voz baja al oído: ¿Y despues? Estas dos palabras quedaron tan profundamente grabadas en el alma del jóven, que al volver á su casa no podia dejar de repetir las. Al fin de sus delirios de fortuna oia aquellas dos inexorables palabras: “¿Y despues? despues será necesario morir.... dejarlo todo.... ser juzgado.... absuelto ó condenado.... Vanidad de todo lo que pasa, exclamó un dia;” y volviendo todos sus pensamientos hácia lo que no pasa, entró en la congregacion del Oratorio, en donde vivió y murió santamente. 1

¡Y despues! Estas dos palabras misteriosas parecen resonar todavía en los oídos del viajero en aquel cuarto en donde fueron tan eficazmente pronunciadas y le preparan á entrar á la pequeña capilla del

1 Vida de San Felipe, l. III, p 237.

santo. Está contigua á la pieza que acabamos de visitar; aquí nada ha cambiado; la misma puerta, el crucifijo de madera, el mismo cuadro de la Virgen Santa teniendo al Niño Jesus, el mismo altar; en una palabra, los mismos muebles que usó el santo y que fueron tantas veces testigos de sus oraciones, de sus lágrimas y de sus éxtasis divinos. No se puede pisar, sin sentir un profundo estremecimiento, aquel suelo venerable, y ni aplicar los labios al cuadro milagroso colocado en el altar. Bajamos á la sacristía de la iglesia y vimos un crecido número de cartas autógrafas del santo, una buena parte de sus vestidos, el relicario que recibió de San Carlos Borromeo, despues de haberle curado, el crucifijo que llevaba en su pecho y un pedazo de pan que dejó en su última comida la víspera de su muerte. Si todos estos objetos, ó algunos de ellos, hubieran pertenecido á Ciceron, á César ó á cualquier pagano de fama, no habria un solo turista que no deseara verlos, y que no se sintiera muy feliz y orgulloso con haberlos visto. ¿Y por qué, pues, os ha de parecer extraño y acaso ridículo, el entusiasmo y la santa alegría del cristiano á la vista de los restos venerables de nuestros grandes hombres? Nuestros santos valen mucho más que vuestros héroes. La visita al Oratorio acabó por una última estacion en la magnífica capilla en que descansa San Felipe. ¡Pueda el ilustre confesor de Roma obtener para todos sus hermanos en el sacerdocio el espíritu de sabiduría, de dulzura y de celo de que estaba él dotado para la direccion de las almas!

De la *Chiesa nuova* emprendimos nuestra excursión hácia el *Campo di Fiore* (Campo de Flora). Esto equivalia á entrar en pleno paganismo. El Campo de Flora, dado al pueblo romano por Acca Laurencia, famosa cortesana cuya historia refiere Macrobio, recuerda tanto las

prodigalidades del lujo y los placeres insensatos de la vieja Roma, como la muerte trágica del primero de los Césares. Bosquecillos de plátanos entretrejidos en soberbios pórticos poblados de estatuas de hombres y de animales y refrescados con fuentes brotantes, y despues basilicas y teatros; tales eran los principales adornos de aquel lugar de delicias. Entre todos aquellos edificios brillaba el teatro de Pompeyo, del cual se ven todavía algunos vestigios en el palacio Orsini. El vencedor de Mitridates fué el primero que edificó en Roma un teatro permanente; hasta entonces los teatros eran destruidos despues de los juegos. A fin de hacer respetar su obra, le unió Pompeyo un templo dedicado á *Venus victoriosa*; *Veneri victricis*. Fué quemado varias ocasiones, al ménos en parte, y sucesivamente restaurado por Tiberio, Calígula y Neron. 1 Este último tuvo un día la ocurrencia de mostrar á Tiridato, rey de Armenia, la riqueza y el esplendor del pueblo romano. En veinticuatro horas mandó dorar las bóvedas, las cornisas, las pilastras, en una palabra, todas las partes del teatro que no lo estaban.

¡Júzguese del embelesamiento del príncipe extranjero al entrar en aquel edificio de oro, en donde estaban sentados treinta mil espectadores y cuyo inmenso contorno brillaba á los rayos de muchos millares de antorchas! 2

Habiendo obtenido Pompeyo, por una gloriosa excepcion, los honores del triunfo cuando no era más que simple caballero romano, mandó edificar cerca de su teatro un templo á la *Fortuna equestre*. Vino en seguida la construcción de su célebre pórtico y de su *Curia*, tan famosa por la muerte de César. El pórtico se com-

1 Tacit. *Annal.*, lib. VI; Suet., in *Tiber.*; id. in *Calig.*; Plin., lib. XXXIII.

2 Plin., *id.*, Dio., lib. LXIII.

ponia de soberbios arcos sostenidos por cien columnas del mármol más bello. Según los eruditos, servia á la vez de paseo para los ociosos, de refugio á los espectadores cuando la lluvia les obligaba á dejar el teatro, y en fin, de camino para ir á la *Curia*. No ménos suntuoso que los demás, este edificio que ocupaba el espacio comprendido entre el palacio Orsini y la iglesia de San Andrés *della Valle*, estaba destinado á las asambleas del senado. El día de los idos de Marzo, el año 43, antes de la era cristiana, se reunian en él los padres conscriptos. A pesar de pronósticos funestos, César, que está en el apogeo de su poder, aparece allí á su turno. El señor del mundo se encuentra, sin saberlo, en medio de sus asesinos. Bruto y Cásio, ambos pretores, se acercan á él como para hablarle; en ese momento, rodeándole los conjurados por todas partes, le atraviesan el cuerpo á puñaladas. Los senadores, extraños al complot, están de tal modo sobrecogidos de espanto y de horror, que no tienen fuerzas ni para la fuga, ni para socorrer á César, ni para proferir una palabra. El dictador se defiende solo, con mucho valor, pero al ver á Bruto, á quien habia querido siempre como á un hijo, en el número de los conjurados exclama: "Y tú también, Bruto." Al decir estas palabras se cubre el rostro con su vestido, y herido por veintitres puñaladas, va á caer al pié de la estatua de Pompeyo.

Estábamos en el mismo lugar en que habia pasado el trágico acontecimiento. Para ver de este suceso un testigo todavía subsistente, basta entrar al palacio Spada, en donde se encuentra la famosa estatua de que acabo de hablar. Es de mármol blanco, de un excelente trabajo y de proporciones heroicas. Pompeyo está representado en actitud de mando, con un brazo extendido; pero la *desnudez antigua* im-

pide fijarse en él. 1 ¡Extrañas vicisitudes de las cosas humanas! Dos rivales se disputan el cetro del mundo; Pompeyo, vencido por César, cae bajo los golpes de los bárbaros, y César, asesinado por los suyos, viene á expirar á los piés de la estatua de su rival. Uno y otro habian jugado frecuentemente con la vida de sus semejantes; debia tocar su vez á la justicia de Dios.

En cuanto á César en particular, nos encontrábamos solo á algunos pasos del lugar en donde dió un día el espectáculo de la más fria crueldad. Antes de visitarlo, entramos, para serenar nuestra alma, á la pequeña iglesia de *San Gerónimo de la Caridad*. Está edificada en el lugar de la casa de Santa Paula y recuerda á aquella ilustre hija de los Scipion y á San Gerónimo mismo, que fué á alojarse á ella durante su permanencia en Roma en 382. Por mucho tiempo llegó á ser una peregrinacion necesaria para los artistas, porque poseia la *Comunion de San Gerónimo*, la obra maestra del Dominiquino; hoy solo tiene una copia, porque el original está en el Vaticano. No obstante, puede ofrecer todavía al estudio y aun á la admiracion, el mantel de comunión de la primera capilla lateral. Este mantel, único en su género, es de mármol rojo con vetas blancas; puede decirse que es un encaje ó un bordado de agujas, según la finura con que está trabajado. En sus extremidades están arrodillados dos hermosos ángeles adoradores, de mármol blanco, que lo sostienen con delicadeza, dejándolo caer en graciosos festones. Independientemente de este curioso trabajo, los grandes recuerdos que despierta esta iglesia, bastarán siempre para atraer al viajero cristiano.

Siguiendo por el *Campo de Fiore*, cuyo s

1 Algunos ponen en duda la identidad de esta estatua.

contornos da gusto estudiar, llegamos al antiguo campo *Caudeta*. En la parte baja de este terreno, que está inmediata al Campo de Marte y al Tiber, mandó César cavar su *Naumáquia*. 1 Después de la conquista de España y de las Galias, quiso el dictador dar allí un espectáculo digno de él y del pueblo romano. En la inmensa fuente alimentada por las aguas del río, se vieron entrar un día cien navíos de dos, de tres y de cuatro remos. Divididos en dos flotas, ocupaban las dos extremidades del lago y tenían delante de sí un vasto campo de batalla; un lado llevaba el nombre de ejército de Tiro, el otro el de ejército de Egipto; 2 diez y nueve mil hombres montaban aquellos buques. Según Tácito, todos aquellos combatientes eran malhechores. 3 Mas ¿á dónde había ido á buscar Roma diez y nueve mil malhechores? ¡Ah! la historia nos lo enseña demasiado; los esclavos, los gladiadores, los prisioneros de guerra, tales eran los malhechores á quienes Roma por placer obligaba á degollarse.

Por temor de que los *naumaquiarios*, animados por su número y sabiendo por otra parte la suerte que les esperaba, no fueran á rebelarse, estaba rodeado el lago con tropas prontas á rechazarlos con las armas en la mano. Llega en fin César; se le reconoce desde lejos por la corona de laureles que nunca deja despejada su frente, por el vestido triunfal que tiene el privilegio de llevar en todos los juegos públicos y por el conjunto de su porte en el cual reina la más elegante compostura y la más refinada molición. 4 Rodeado de un

1 Según Festus, el campo *Caudeta* se encontraba más allá del Tiber; *Caudeta ager*, in quo frutices existunt in modum caudarum equinarum.—*Caudeta appellatur ager trans Tiberim, quod in eo virgulta nascuntur ad caudarum equinarum similitudinem. V. Caud.*

2 Suet., *Cæs.*, 39.

3 *Annal.*, lib. XII, 56.

4 Suet., *Cæs.*, 45, *Dio.*, lib. XLIII.

cortejo de jóvenes oficiales y precedido de lictores que llevan consigo laureles, avanza hácia el sillón de oro que le está preparado, cuando oye á sus soldados murmurar altamente contra él á causa del descontento que les produjo la magnificencia desplegada en las fiestas precedentes y en la presente. ¿A qué vienen todos estos gastos, dicen ellos, no hubiera sido mejor que hubieran repartido ese dinero entre nosotros? El afeminado dictador arroja una mirada como un rayo sobre los temerarios que parecen desafiarse, y luego lanzándose en medio de ellos con toda la impetuosidad de la cólera, ase á uno con su propia mano y le entrega al suplicio. Este rasgo de vigor, y yo diría de despotismo musulmán, restablece el orden y César vuelve, con una lentitud afectada, á tomar lugar en el trono que le estaba reservado. 1

Las dos flotas desfilan delante de él. *César, los que van á morir te saludan*, exclaman, según costumbre, los *naumaquiarios* al pasar á los pies del dictador. Aunque pronunciadas estas palabras hace diez y nueve siglos, no obstante el lugar en donde estábamos parecía repetir las todavía y nos llenaban de un horrible calofrío hasta las profundidades de nuestra alma. Entre tanto, se forman los navíos; cincuenta de un lado y cincuenta del otro. Se da la señal, arrojan los combatientes un grito unánime, comienzan las maniobras, los remos se levantan y vuelven á caer cadenciosamente; el aire resuena, los navíos vacilan sobre las aguas y el combate se compromete desde lejos. Las piedras, el plomo, las teas incendiarias con telas inflamadas, empapadas en aceite, betún y azufre; las flechas, las jabalinas, vuelan por todas partes, lanzadas por máquinas guerreras ó por los nervudos brazos

1 *Dio.*, lib. 43.

de los combatientes, y llenan el aire de largas líneas inflamadas y de humo.

A pocos momentos se acercan las naves irritadas; las dos flotas se tocan con un violento choque que hace estremecer y retroceder á las olas. Los temibles espolones de bronce de que está armada cada proa, se hunden en los flancos de los navíos y vuelven á salir para hundirse de nuevo. Muy pronto se hunden en el agua las galeras; algunos desgraciados intentan salvarse á nado, pero son rechazados en la orilla por los desapiadados guardias que allí están. La flota egipcia, llevada con menos habilidad que la flota tiria, está acosada en las orillas de la *Naumáquia*. Bloqueada como está, trata de restablecer la igualdad del combate intentando el abordaje. La matanza llega á ser horrible; torrentes de sangre inundan los puentes; las aguas están enrojecidas, los navíos desaparecen tragados por las olas, y solo flotan en la superficie del agua los despojos mutilados de diez y nueve mil hombres. César, que durante el espectáculo no ha cesado de leer cartas, 1 se levanta repentinamente, y con un aire tan distraído como indiferente, manda perdonar á los que quedan. 2

El pueblo que había acogido la llegada del dictador con aplausos universales, se alejó murmurando, porque decía él que César, en todos los juegos públicos, afectaba ocuparse más bien de otra cosa que del espectáculo. Este rasgo, digno de Tácito, 3 pinta mejor que un libro á la vieja Roma.

Nos faltaba visitar algunos rincones del Campo de Flora y del Campo de Marte, pero era ya demasiado tarde para emprender una nueva excursión. Volvimos á ca

1 Suet., *Aug.*, 45.

2 Tacit., *Annal.*, XII, 56.

3 *Id.*, *id.*; Roma en el siglo de Augusto, t. VI, p. 95.

sa á las cinco, y nos ocupábamos de redactar las notas del día, cuando la buena *Maddalena* toca á la puerta y me dice: *Ecco un signore che vuol parlargli*: "Aquí está un señor que quiere hablaros." Entro luego á la pieza inmediata y veo á M. N.... "Me veis muy tarde, dijo, pero no he podido venir más temprano. Esta mañana pedí audiencia para vos al Santo Padre, y esta misma tarde recibí la respuesta de que será mañana á las nueve y media." ¡Yo ver mañana al Santo Padre! No pude decir más y me pasó una especie de estremecimiento de los pies á la cabeza. Convenimos en que al día siguiente á las nueve estaría yo en coche en la plaza Columna. M. N.... salió y yo me apresuré á escribir las gracias que iba yo á pedir.

## 12 DE ENERO.

Audiencia papal.—Impresiones.—Acogida del Santo Padre.—Reinado pontifical.—Gabinete particular del Papa.—Retrato de Su Santidad Gregorio XVI.—Ceremonia de besar los p

Un buen tiempo influye algo en nuestras fiestas, un brillante sol, una temperatura moderada, un cielo sin nubes, convidan á la alegría y completan las dulces impresiones de un corazón contento. Así, di gracias á Dios, cuando llegué á la plaza Columna y ví al sol brillar con todo su esplendor bajo un cielo azul, sin que hubiera un solo vapor que opacara su brillo. Entre el risueño espectáculo de la naturaleza y mi alma, había armonía. A las nueve en punto rodaba el coche hácia el Vaticano. Yo estaba con el gran traje de sacerdote francés; con una mano llevaba recogido mi ancho manteo de ceremonia, y con la otra llevaba la caja que contenía mis rosarios y mis favores. Al llegar al puente de Sant'Angelo, me latía el cora-

zon fuertemente. «A la verdad, dije á M. N..... yo no sé que continente debo guardar delante del Santo Padre; estoy de tal modo conmovido, que desde ahora respondo de que he de hacer alguna torpeza.» Se me tranquilizó, pero era ya tarde; el carruaje se detenía al pié de la escalera real. Subimos despacio aquellos soberbios escalones que han subido tantos millares de príncipes de la Iglesia y de las naciones, tantos obispos, tantos misioneros peregrinos del mundo y de los siglos! Yo iba como ellos, á prosternarme á los piés del pontífice inmortal. Dentro de un momento iba á ver al representante visible de la Divinidad, iba á oír su voz, á recibir la bendición de su mano, yo, oscuro cordero de su inmenso rebaño! ¿De dónde me viene tanta dicha?... ¿Qué no pueda yo dividirla con todos mis amigos de Francia! Voy á ofrecer este homenaje de respeto y de amor filial al sucesor de Pedro el Calileo, en este mismo palacio edificado sobre el de Nerón, en los mismos lugares en donde los cristianos sirvieron de hachones vivientes para los juegos de César, en donde fué crucificado el primero de los papas, en donde Pio VI, que siguiendo las predicciones de la impiedad, debía ser el último, fué arrebatado y conducido como un malhechor. ¡Y bien! ¡Sí, Iglesia católica, aunque divino formado por Cristo, vos habéis gastado todos los martillos; los Nerones antiguos y los Nerones modernos han pasado, y el papa permanece!

Ya estábamos en la primera antecámara. Por sus pinturas al fresco y sus pilas-tras de mármol, anuncia esta inmensa pieza, que la morada del papado es también el palacio de las artes. Allí estaban algunos ordenanzas de la guardia suiza con tres *sidiarii* de traje completamente rojo. Delante de nosotros se abrieron sucesivamente una segunda, una tercera, una cuarta pieza, semejantes á la primera en el perso-

nal y en la decoracion. A medida que se avanza, la decoracion se hace más y más magnífica. Paredes adornadas de cortinas de damasco rojo, cuadros escogidos, cristos de marfil de dimensiones sorprendentes; bóvedas brillantes de pinturas y dorados; estrados cubiertos con ricos tapices; tal es el conjunto de cada salon.

En el penúltimo encontramos á los prelados domésticos del Santo Padre con traje violenta; un guarda-noble de gran uniforme, hacia la guardia en la puerta que comunica con la antecámara siguiente: bien pronto vino un camarero á tomar mi provision de rosarios, los que deposita en un platillo para presentarlos á la bendición pontifical. Apenas ha desaparecido, cuando se oye una campanilla; el momento de mi audiencia ha llegado. Atravieso la última antecámara ocupada por el mayordomo y por algunos prelados; héme aquí en el umbral del gabinete particular del Santo Padre. Se abre una puerta y comienzo las tres genuflexiones de costumbre. No habia acabado la primera, cuando el Santo Padre se levanta de su sillón y llamándome por mi nombre me abre sus brazos.... Me prosterno de nuevo para besar la sandalia, pero el excelente Papa me levanta, y por un favor que me deja confundido, me da á abrazar su mano. Puse sobre su mesa un ejemplar de algunos de mis *pecados literarios*. «Ya los conozco,» me dijo el Papa. Luego, abrió el primer tomo del *Catecismo*, y leyó en voz alta la primera y la segunda página, diciendo: *Sí, sí, questo è vero, questo à ben vero.* «Sí, sí, esto es cierto, esto es muy cierto.»

Con una bondad enteramente paternal, se dignó darme las gracias de lo que habia escrito, animó mis esfuerzos para el porvenir, volvió á poner el tomo sobre su mesa; y tomándome la mano se puso á conversar conmigo, como un padre con su hijo....

tanta así era la sencillez, la familiaridad, el amable abandono de sus benévolas palabras. La conversacion se prolongó largo tiempo; con un tacto exquisito, Su Santidad tuvo cuidado de hacerla rodar sobre todo aquello que podia interesarme como sacerdote y como frances. Hacia yo mal en estar turbado; y al cometer esta falta me la reprochaba; mas á poco fui castigado por ella. A una de las preguntas del Santo Padre respondí: *Sí, señor!* y se me encendió el rostro; el augusto anciano se sonrió dulcemente, y luego estrechándome la mano con más afecto, me preguntó cuánto tiempo estaria yo en Roma: «Santísimo Padre, pienso estar hasta la Pascua. Bien, y vendreis á verme otra vez, ¿no es eso?» Este nuevo testimonio de bondad puso el colmo á mi reconocimiento y me dió valor para pedir mis gracias. En la sala de espera se me habia dicho que no solicitara ciertas indulgencias, porque no las conseguiria; pero viendo tan bueno al Santo Padre me atreví á pedir las. Con una sonrisa que queria decir: No pecais de corto, hizo el Papa un movimiento de cabeza y me las concedió. En cuanto á la lista de las otras gracias para mí y para mis amigos, la tomó en sus manos, la leyó toda entera, y dijo: *Sí, sí, todo esto: Sí, sí, tutto questo;* y la firmó con su mano.

La audiencia se habia prolongado más del tiempo ordinario; un camarero abrió la puerta, me bendijo de nuevo el vicario de Jesucristo, y despues de haber tomado mis manos en las suyas, instándome y comprometiéndome á volver, se dirigió hacia su sillón, y saltó. Tal es, en compendio, la acogida que recibí de Gregorio XVI; muchos otros pueden decir otro tanto. La relacion de tantos favores inmerecidos debia quedar sepultada en un silencio eterno; así lo exigia el amor propio; pero en nuestra época de denigracion y de independencia, es un deber imperioso para el peregrino

de Roma, dar á conocer la dignidad real pontifical, en su doble carácter de majestad divina y de bondad paternal. La sola vista del Vaticano, aquellos salones grandiosos en donde brilla el lujo de las bellas artes, aquellos guardias que los ocupan, aquellos apuestos oficiales, todo anuncia al viajero la majestad de los reyes, y, aunque no se quiera, un sentimiento de temor se apodera de su alma. Si al llegar al fondo del palacio, se encontrara en presencia de un monarca sentado en un trono, rodeado de magnificencia; si no se recogiera de su boca mas que algunas raras palabras dictadas por la etiqueta y arregadas por la política, se estaria bajo la única impresion del respeto y del temor; al salir se estaria orgulloso, pero no satisfecho; el corazón no habria tenido en ello su parte. Tal es la audiencia de los reyes del siglo; tal es el sentimiento dominador que ella inspira. No os admireis de esto; son señores y no padres; ellos lo saben y vosotros lo sabeis como ellos.

Muy diferente es el rey del Vaticano. A la impresion de temor y de respeto producida por el imponente aparato de la majestad soberana, se mezcla en su presencia el delicioso sentimiento de la confianza y del amor. Todos aquellos magníficos salones concurren á una modesta pieza en la cual se encuentra, no un monarca en el sentido degenerado de la palabra, sino un padre que os acoge con complacencia, que os recibe en sus brazos, que os acaricia como á un hijo querido, que baja hácia voz, para elevaros hasta él, que se identifica con vos á fin de poner su corazón unísono con el vuestro; qué os habla como si siempre os hubiera conocido y cuyos labios solo se abren para sonreír y sus manos para bendeciros. En este doble carácter de fuerza y de dulzura, de autoridad y de amor, de majestad y de sencillez, se revela el tipo del poder divino; un sentimiento de recono-

cido mezcla indefinible de respoto, de confianza, de amor y de desinterés, domina á todos los demás, la impresión es deliciosa, porque el espíritu, el corazón, todas las facultades quedan satisfechas. Así, padre y rey, y rey porque es padre, hé ahí á Gregorio XVI, hé ahí al papa. Tal es el reino del Vaticano, tal fué el del Calvario.

El gabinete en que recibí mi audiencia es una pieza oblonga, bastante estrecha y sencillamente amueblada; á un lado estaba una mesa de escribir. Papeles, algunos libros, un modesto tintero y un hermoso crucifijo de marfil, con una pequeña estatua de la Virgen, formaban todo su adorno. En un estrado de cerea de seis pulgadas de altura se levantaba un simple sillón de escritorio, y no había otro asiento. El Santo Padre traía una sotana de lana belluda blanca, sin cintura, según la costumbre de Italia; medias blancas, un solideo blanco con pelerina del mismo color, tan larga como un capelo ordinario, completaban su traje. Solo las sandalias eran rojas, y estaban adornadas con una cruz de oro. Gregorio XVI es de una estatura elevada, sus cabellos son blancos como la nieve. Tiene la tez fresca, más bien pálida que colorada, la voz dulce y fuerte, los ojos grandes y negros, adornados con anchas cejas muy arqueadas. Su andar es firme y su cuerpo derecho, á pesar de sus setenta y seis años. Sus facultades morales han conservado todo su vigor; su memoria, sobre todo, es admirable. Agregad á todas estas ventajas la dignidad y la sencillez de las maneras con no sé qué de espiritual bondad, y tendreis el retrato hecho en verdad sin lisonja, del augusto y venerable anciano.

Entre las ceremonias usadas en las audiencias papales, hay una cuyo origen no es inútil explicar, atendiendo á que expresa á su modo la naturaleza de la dignidad real cristiana que acaba de ocuparnos;

quiero hablar de la genuflexion y del acto de besar los piés á Su Santidad. Los pueblos antiguos atestiguaban su respeto hácia la majestad soberana, ya doblando la rodilla, ya prosternando la frente en el polvo: De aquí vienen aquellas expresiones tan frecuentes en los autores contemporáneos: *genuflexus ante eum, provolutus ad pedes*, "arrodillado ante él, arrojado á los piés." Todavía hoy los orientales se inclinan hasta la tierra cuando comparecen ante sus señores. Esta costumbre la ha conservado el cristianismo, y el católico rinde con amor y dignidad al Vicario de Jesucristo, el homenaje que el temor ó la adulacion arrancaba á los pueblos encorvados bajo el yugo del despotismo. Pero los primeros soberanos Pontífices, no queriendo que se fuera á creer que ellos lo exigían para su persona, pusieron la cruz en su calzado, á fin de que el fiel al prosternarse ante él besara aquel signo adorable. En la iglesia de *San Martín de los Montes* vimos la cruz en una sandalia del papa San Martín I, martirizado á mediados del siglo VII. El mismo signo se encuentra en el retrato de mosaico de Honorio I, en Santa Inés extra-muros, y en el de San Cornelio, igualmente de mosaico, en la iglesia de Santa María *in Trastevere*. A este primer signo de humildad han agregado los soberanos pontífices desde San Gregorio Magno, el título de *Servos de los Siervos de Dios: Servus, servorum Dei*. Hé aquí el Evangelio, programa y divisa de la dignidad real cristiana. Estas tres palabras, grabadas en el corazón de los monarcas, serían la garantía de su trono, y la felicidad de sus pueblos. Si no sucede así, no hay que imputarlo á la Iglesia romana, la cual en sus menores costumbres, así como en sus más solemnes enseñanzas, se da á conocer como la más grande escuela de respeto y como la más grande escuela de abnegacion; esta conducta, que

es un deber, encierra la solución de todos los problemas sociales.

### 13 DE ENERO.

Visita al P. Moutone.—Detalles sobre San Alfonso: su canonización.—Carta del Santo.—¿Es su teología una teología local, nueva, peligrosa, de contrabando?—Picante conversacion del buen Padre.—Visita á San Luis de los Franceses.

Hacia largo tiempo que se me había prometido una visita que yo deseaba mucho. Como á las diez vino por mí un excelente amigo y me condujo á casa de los religiosos del *Santisimo Redentor*; el padre José Moutone, superior de la casa, era el objeto de una viva curiosidad. Este venerable anciano, recibió el hábito de religioso de manos de San Alfonso de Ligorio, con quien vivió cuatro años. Le hallamos en su pequeña celda, ocupado en ordenar algunos opúsculos inéditos del Francisco de Sales de la Italia. A las preguntas que yo le diriji sobre la vida íntima del santo obispo, me respondió él. A pesar de sus continuos sufrimientos, nuestro padre estaba de lo más alegre y amable. Durante la recreacion no dejaba de tocar el piano, ó el clavicordio, para divertir á la comunidad; él era el alma de la conversacion. Contando desde el día en que fué nombrado obispo, no quiso tocar ya aquellos instrumentos.—Padre mio, le decían sus hijos, ¿por qué no tocáis ya?—*Ma che, ma che direbbe la povera gente?* "¿Qué diría el pobre pueblo?" no dejaría de decir: Mientras que nosotros estamos en la miseria y el trabajo, Monseñor se divierte." Para evitar esta especie de escándalo, no volvió á tocar su clave, hasta despues de haber dado su dimision.

El padre José, digno hijo de San Alfonso, es también un amabilísimo anciano.

Se provocó una larga conversacion sobre la teología moral del santo obispo y sobre las contradicciones que había encontrado. "Ah! me dijo, esas contradicciones no datan de hoy, yo sé de ellas alguna cosa. Como postulante en el proceso de la canonización de nuestro padre, tuve que sostener rudos combates. Un día, entre otros, el promotor de la fe, á quien llamamos vulgarmente *el abogado del diablo*, creyó haberme vencido, objetándome que San Alfonso había carecido de *prudencia*, supuesto que había sostenido el probabilismo, obrando así contra la opinion de un gran número de teólogos. Y esto es tan cierto, añadía él, que se asegura que Alfonso de Ligorio se retractó de ello ántes de morir."

A estas palabras, el buen anciano, quitándose el bonete, me decía con un aire maligno: "Yo le dejé seguir sin interrumpirle y me creyeron indefenso y vencido. Cuando hubo acabado, leí mi respuesta á la objecion de imprudencia, y la sagrada Congregacion la halló victoriosa, y el promotor abandonó este cargo; pero quedaba la repetida retractacion del santo; aquí esperaba yo al abogado del diablo. Saco de mi legajo una carta que, héla aquí, escrita por el santo poco tiempo ántes de comparecer delante de Dios." Abriendo entónces el cajon de su mesa, me la leyó; es de tal modo decisiva, que perdóneseme que la refiera.

"El padre Patuzzi me insinuá muchas veces en su libro que debo retractarme; pero deja entender, que yo quería mejor exponer la salud de mi alma que consentir en ello. Yo le doy gracias por la buena opinion que tiene de mí. Según eso, yo he dejado el mundo, me he privado de mi libertad entrando en una congregacion en la cual he hecho votos de perfecta pobreza y de perseverancia; en una palabra, me he